

ARTICLES d'OPINIÓ

diecisiete extraños bailando una sardana

*I'm an alien
I'm a legal alien
I'm an english man in New York*

Creo que lo que nos motivó ir aquella mañana a Granollers fue la misma curiosidad que nos llevó un Domingo de primavera a la Plaza de la Catedral de Barcelona: contemplar eso que en Madrid es tan incomprensible y que le llaman "hecho diferencial". Allí las diferencias se diluyen y se compensan. Las diferencias se igualan. Allí puedes comer "pantumaca", marmitako y pote gallego en el mismo restaurante. Es emocionante ver a cientos de personas bailando de la mano con desconocidos, con sus cosas apiladas en el centro mezcladas con las de ellos, esos que te estrechan la mano formando un círculo en el que no se rechaza a nadie; aunque no sepan tu nombre, eres uno más dando forma a un baile que te une con un pueblo.

Hoy vamos a ver castells. Es como acercarse a una cultura que uno cree que es muy ajena a sí mismo, pero que pertenece a gente que es muy cercana. La mañana se hace larga. La espera se mitiga leyendo el periódico en un café con un ojo en las noticias y otro en el ambiente. La cosa se va calentando. Entran niños y mayores con camisetas verdes. Parece que son de Sabadell. Los de Vic van de amarillo. Algunas están descoloridas; han pasado muchas veces por la lavadora. Parece que es una afición arraigada. Se presiente una cierta competitividad en el aire, quizá como con los colores del equipo de fútbol. Pero hay algo distinto. No sé que es. Quizá es por unos enfermeros que están tensos, quizá por una intensa seriedad en aire. Vamos a la plaza, que la gente ya se está juntando allí. Unos ayudan a otros a embutirse en sus fajines: metros de tela que encorsetan los riñones. El bullicio va creciendo. En el aire suenan palabras nuevas: colla, anxaneta, tres de vuit, quatre de nou...

De repente suena algo que me hace sentirme a gusto. Es algo que me integra en el paisaje de esa plaza. Es el sonido de una dulzaina. Reaviva mi niñez en las mañanas de mi pueblo castellano viejo. Aquí, seguro, le llaman de otra forma; pero es una dulzaina. Ese torniquete me transporta y me hace desviar la vista. No entiendo qué clase de tumulto se está formando en el centro de la plaza. Los granates, los verdes y los amarillos se están juntando, es un desorden aparentemente organizado por unos individuos que vociferan.

Manos en el aire chocan unas contra otras. Mozos robustos empiezan a trepar por las espaldas de los que están abajo. Aún no han llegado a su sitio y ya hay otros trepando, y otros, y otros. Chicos y chicas, niños y niñas. Noto los latidos en las venas de la frente, la boca se queda seca. La escultura de carne y hueso es mucho más alta de lo que me imaginaba. Los dos últimos son niños de no más de ocho años. La estructura tiembla y dan ganas de gritar. La tensión lo impide. Que no se caigan, que no se caigan, que no se caigan. Los de arriba son todos granate; los de abajo están mezclados. No

hay competitividad. Hay colaboración. Otra vez mano a mano con extraños que colaboran en algo común.

Me duele el alma cuando en el cuarto castell veo caer la torre. Es impresionante. No cabe duda de que han sufrido. Por el esfuerzo, por la vergüenza de unos pantalones bajados, por la caída desde doce metros. El dolor es por igual en toda la plaza. Une a todos en un sentimiento común.

Nos subimos al coche y nos vamos satisfechos. Una vez más, hemos comprobado que el hecho diferencial es, precisamente, aquello que nos une.

Verdes, granates y amarillos juntos.

"Pantumaca", marmitako y pote juntos.

Diecisiete extraños bailando una sardana juntos.

Juan Traver

